

SOFÍA GANDARIAS, AGITADORA DE CONCIENCIAS

La noticia de la muerte de mi querida amiga la pintora Sofía Gandarias me sorprendió en La Habana. Me sorprendió en sentido literal pues, aunque suene a tópico, Sofía exhibía el don de la pasión vital, de una vitalidad desbordante, contagiosa; mostrando un interés apremiante por todas las cosas; por los acontecimientos políticos y sociales pero también por los que ocurrían a la gente concreta; con bondad pero con intransigencia para la injusticia y la estupidez.

Por José Gacía Abad

Nos breaba a los amigos con comentarios apasionados que, en no pocas ocasiones, despertaron mi conciencia ante un enfoque agudo de la actualidad en cuyas implicaciones tortuosas, perversas, no había reparado. Sus comentarios sobre lo que publicaba *El Siglo*, generalmente elogiosos, nos fueron muy valiosos, sobre todo en la crítica, rigurosa y constructiva con que nos obsequiaba. Gracias, Sofía.

Lo que más me seducía de ella no era tanto su firme y generoso compromiso ético, y en definitiva político, que compartíamos, como la apasionada intensidad de sus sentimientos y la vehemencia sobria, nada retórica, de su protesta contra el abuso, todos los abusos y en especial los del poder; contra todas las injusticias. Insisto: fue su fallecimiento para mí una sorpresa. Era Sofía una pasión en marcha. No podía hacerme a la idea de que esta mujer todavía joven hubiera fallecido.

Era pintora desde la infancia vivida en Guernica donde nació, la ciudad bombardeada por la aviación alemana durante la guerra civil española. Sus retratos, de los que disfruté en preestreno absoluto en su casa, tomando unos vinos en casa del matrimonio que formaba con el fino y veterano político Enrique Barón, me mostraban siempre algo nuevo sobre los personajes elegidos, que eran los de su devoción. Como los buenos



La pintora Sofía Gandarias, en su estudio.

retratistas, desvelaba algo más que su apariencia física. Eran, son, certeros y a veces conmovedores ensayos de interiores. Del hombre por dentro.

Sofía eligió para su pincel a Federico García Lorca, Borges, Rubén Darío, Julio Cortázar, Saramago, Walter Benjamin, Carlos Fuentes, María Curie, Kafka, María Casares, Rosa-

lía de Castro, Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Octavio Paz, Albert Camus, entre otros.

Y, sobre todo, Primo Levi, el escritor italiano, resistente antifascista internado en Auschwitz quien dedicó su obra, especialmente *Si esto es un hombre* y *Los hundidos y los salvados*, a enunciar el horror del exterminio nazi que, en definitiva era el horror ante lo que el hombre podía llegar en deshumanización cruel.

Una alerta general que trascendía los acontecimientos concretos, los sufrimientos durante su internamiento en el campo de concentración, para avisarnos de que el horror podía repetirse.

Su suicidio sigue siendo un misterio pero algo tendrá que ver con esta visión aterradora. Primo Levi tuvo en Sofía, en sus cuadros

y en su vida cotidiana, una presencia permanente e inquietante que expresó elocuentemente con un conmovido y conmovedor grito de protesta ante la bestialidad humana.

Fue también el horror lo que fijó la mirada de Sofía en Sarajevo, a cuya tragedia dedicó sus obras más estremecedoras. Y es que Sofía Gandarias no sólo pintaba retratos. Mejor dicho, consideraba que todo son retratos. Retratos de la realidad en los que fusionaba pintura, poesía y música. Un matrimonio perfecto entre el arte y la denuncia radical, de lo ético con lo estético. La pintura como memoria, como lúcidamente señaló José Saramago, gran admirador de su obra.

Una obra comprometida de gran calidad que recibió aplausos en vida de la artista y que, no me cabe duda, aumentará la admiración en el tiempo. Quiero dedicarte, querida Sofía, mi más sincero testimonio de admiración, cariño y agradecimiento. Y ahora que ya no estás con nosotros me viene a la memoria la recomendación que nos hiciera el escritor

francés del siglo XVIII Sénancour, que tanto influyó en nuestro Miguel de Unamuno y que cita Mayor Zaragoza en referencia a una joven Sofía Gandarias:

“El hombre es perecedero, ciertamente. Pero perezcamos en resistencia, y si la nada nos está reservada, no consintamos que sea un castigo”. ●